

## 1 «Puedes tener todo lo que desees menos dinero»

---

En un sábado lluvioso de agosto de 1892, dos jóvenes provenientes de entornos respetables pero modestos, Lizzie Mathys y Fred Hessel, se casaron. Los parientes y amigos reunidos en la iglesia de San Salvador en Hampstead los habrán visto como similares a cualquier otra pareja de esos años que estaba a punto de empezar una nueva vida juntos, con todas las responsabilidades de administrar un hogar y de proveer para una familia grande como la que seguramente tendrían, de acuerdo con las costumbres de la época. Pero la realidad era bastante diferente porque Fred se había propuesto de todo corazón hacer fortuna en el comercio de caucho, que entonces se encontraba en pleno auge en Sudamérica. Y, lejos de convertirse en una sobria ama de casa y madre suburbana, Lizzie lo acompañaría en esta aventura tan romántica como peligrosa en un territorio salvaje frecuentemente inexplorado.

Fred Hessel, o Fritz, como lo conocía su familia, era un comerciante con firmes antecedentes en una empresa familiar. Sus padres eran alemanes de la ciudad de Maguncia, que se encuentra al borde del río Rin. Luego de casarse en 1859, el señor Hessel abrió oficinas en Londres y Burdeos y con su esposa dividían su tiempo entre las dos ciudades. Los dos primeros hijos, Graham y María, nacieron en Londres, mientras que Frederick, el tercero, nació en Burdeos. Los Hessel se especializaban en aceites, solventes, aceite de brea y esencia de gasolina. El joven Fred dejó Francia para colaborar con su tío

---

Joseph en el negocio de Londres y, hasta el momento en que se casó, se desempeñaba como empleado comercial en la oficina de la calle Broad dentro de la City.

Su novia tenía veintidós años. Era delgada, dicharachera, y gozaba de una manifiesta *joie de vivre*. Una persona que no la conociera podría decir que era demasiado activa, pero el hogar de los Mathys era siempre muy animado. Un 'lugar sociable' es la manera en que su hermana una vez describió la pequeña casa victoriana de ladrillo amarillo ubicada en la calle de Beauvoir de Hackney, que en ese momento era un atractivo suburbio floreciente de clase media, muy popular entre las familias de los trabajadores de la City.

John Mathys, el padre de Lizzie, era un ebanista suizo de Rüttschelen, un cantón de Berna, mientras que su madre, Sarah, había nacido en el condado de Devon. La pareja crió a diez hijos, y Lizzie era la tercera luego de Alice y Rose. Los orígenes bien diversos de su madre y su padre dieron lugar a una sucesión de visitantes que eran bien recibidos en una casa que ya estaba a tope. Gracias al ejemplo de sus padres, Lizzie aprendió a ser sociable y flexible. La vida en el hogar de los Mathys no podría haber sido más feliz, aun cuando tres o cuatro de los hijos debían compartir un dormitorio.

De sus cinco hermanas y cuatro hermanos, Lizzie demostraba particular afecto por Bert, siete años menor que ella, debido a su mente activa. Nell, la más joven, tenía ocho años cuando se celebró la boda de Lizzie, se crio sintiéndose más cercana a su madre que cualquiera de los otros hijos, y nunca se casó. Antes de fallecer en 1975, Nell recordaba los días en el número 83 de la calle de Beauvoir cuando Lizzie y Fred eran novios: «Todo el mundo habló de manera muy positiva de él, a pesar de lo que pasó». Para ella, Fred era simplemente otro «caballero de ultramar» que cada tanto visitaba a John Mathys para encargarse de finas cajas de madera pulida para su negocio. En aquel entonces Fred vivía en Haverstock Hill, a menos de tres millas<sup>1</sup> de distancia.

Siendo los dos de familias empresariales e inmigrantes, tanto Fred como Lizzie, eran ambiciosos y poco después de su boda decidieron visitar a la familia de Fred y a sus amigos en Burdeos. Nell recordó que se sentaba en el pequeño jardín arbolado de Hackney mientras Lizzie narraba historias maravillosas de aquel verano en Francia, y ella repasaba postales y fotografías familiares. Su hermana había conocido a una tal señora Haendel, una alemana que hablaba inglés y que la hizo sentir como en su casa. Pero, para Fred, la vuelta a Burdeos era un viaje rutinario de negocios. Con todos los gastos pagos, el viaje le brindaba la oportunidad de lucir a su joven esposa,

<sup>1</sup> Al final del libro hay una tabla de conversión de medidas imperiales a medidas métricas [Nota del traductor].

así como también le dejaba tiempo para ver a sus viejos amigos y para reflexionar sobre el proyecto de negocios que soñaba en la cuenca del Amazonas. Localmente los comentarios eran favorables, porque se estaban fortaleciendo los lazos entre Burdeos y la ciudad de Pará en Brasil, ubicada en la desembocadura de ese gran río, y que se encontraba en pleno crecimiento.

Fred sabía que Pará era la base de los comerciantes del caucho: «Comprar por cinco lo que vale veinte, y vender por veinte lo que vale cinco» era un dicho local bien justificado. Como capital regional, Pará se había convertido en la meca de una élite que prosperaba gracias a la rápida fiebre del caucho, y la mayor parte del suministro mundial de ese entonces provenía de esa zona. Mercantes itinerantes salían de Pará y se movían por la inmensa red de vías acuáticas, vendiendo todo, desde harina de mandioca a querosén, uno de los productos que comercializaban los Hessel. Parece que Fred ya tenía alguna experiencia en el Amazonas. Según su sobrino, que en 1985 seguía vivo en Estados Unidos a la edad de ochenta y siete años: «Fred era mi tío favorito. Como ustedes saben, hizo varios viajes a Sudamérica para una empresa británica del caucho. En un momento, sufrió un naufragio en el Amazonas y sobrevivió durante varias semanas comiendo bananas». En su carta del 6 de diciembre de 1898, Lizzie mencionó el nacimiento de este sobrino.

Si bien en el Amazonas existía mucho caucho, escaseaba la gente. Los propietarios de las plantaciones buscaban mano de obra para trabajar la caña de azúcar y recolectar castañas de Brasil. Luego, con el desarrollo del comercio del caucho, se requirió más mano de obra, y así los comercios de Pará miraban hacia la Europa mediterránea buscando los obreros que mejor soportasen el clima tropical del Amazonas. Burdeos era un puerto idóneo con su larga historia de comercio: en particular, el comercio triangular de enviar armas y vino desde Francia a África, después llevar esclavos de África a las islas del Caribe, y finalmente traer de vuelta café rentable.

Fred vislumbraba las posibilidades que se abrían para un empresario con conexiones con Burdeos, y su corazón apuntaba firmemente a Sudamérica. Pero también había sufrido la impredecibilidad de la política del continente y era, por consiguiente, cauteloso. Decidieron no profundizar en el asunto por el momento, y volvieron a Londres. Sin embargo, Fred siguió persuadido de volver a Sudamérica y, cuando un poco más adelante la oportunidad que esperaba se presentó, no lo dudó.

Aun durante los tres primeros años de vida matrimonial de Lizzie y Fred, las perspectivas internacionales para el caucho seguían mejorándose. Cuando se descubrió, el caucho era una suerte de curiosidad: su nombre en inglés *rubber* proviene de su uso como goma de borrar, y en francés *caoutchouc* viene de una palabra local, *cahu-chu*, que significa 'árbol llorón': el caucho nace como látex lechoso

recolectado de ciertos árboles gracias a incisiones hechas en su corteza. En estado crudo poco se podía hacer con el caucho, y fuera de los trópicos se derretía en verano y se endurecía en invierno. Todo eso cambió en 1839 cuando un estadounidense llamado Charles Good-year descubrió la vulcanización, un proceso por el cual el caucho se calienta con azufre para dar una sustancia que se vuelve más fuerte y maleable. Entonces, toda clase de usos que hasta entonces eran cubiertos solamente por el cuero comenzaron a ser oportunidades para el caucho: zapatos, tiradores, cinturones, impermeabilización, llantas hasta cojines para mesas de billar.

La industria del caucho dio otro paso enorme cuando, apenas dos años antes del casamiento de Lizzie y Fred, un cirujano veterinario escocés llamado John Boyd Dunlop patentó el neumático para bicicletas, que antes habían tenido sólidas ruedas metálicas que resultaban ser lentas y que a veces provocaban daños en la columna vertebral. Esto llevó al auge del ciclismo como deporte y pasatiempo. El público británico fue bombardeado con persuasivos avisos publicitarios que a menudo mostraban a encantadoras jóvenes montando bicicletas hechas por fabricantes rivales: «Rudge Whitworth Cycles: las más elegantes y las mejores» y «La Bamboo Cycle: para fuerza y rigidez». Lizzie también se sentía atraída por esta última moda, y paseaba en bicicleta por las calles desiguales de Hackney portando un respetable vestido largo y un sombrero atado bajo la pera por un pañuelo de seda. No le gustaban las prendas más prácticas pero notorias que llevaban el nombre de su creadora, la señorita Amelia Bloomer.<sup>2</sup>

El carruaje sin caballos seguía siendo noticia. En Estados Unidos, la Duryea, un triciclo motorizado de un cilindro, iba camino al éxito. Henry Ford estaba trabajando en Detroit y, en Europa, Karl Benz ya había producido un vehículo a cuatro ruedas en 1885. El mundo avanzaba sobre caucho.

En términos estadísticos, en 1831, antes de la invención de la vulcanización, el Amazonas exportaba nada más que 31 toneladas de caucho. Para 1880, esa cifra había subido a más de 8.000 toneladas, que se duplicaron por encima de 16.000 en 1890, con perspectivas de superar las 27.000 toneladas en 1900.

Para sostener el crecimiento rápido de la industria, tanto en Europa como en América nacían poderosas empresas amazónicas. El dinero, la osadía y la astucia empresarial formaban la base de las inmensas fortunas personales hechas en lugares apenas conocidos en Europa. Uno de esos lugares era Bolivia, y dos primos bolivianos estaban por entrar en las vidas de Fred y Lizzie. Con cuarenta y cinco

<sup>2</sup> De hecho, Amelia Bloomer no creó sino que adoptó una prenda de estilo bombacha que en inglés se llamaba *bloomers*, y permitía a las mujeres moverse de forma menos restrictiva, en contraste con la ropa femenina típica de la época victoriana [Nota del traductor].

años, el bigotudo e incansable maestro empresario, Nicolás Suárez, era uno de cuatro hermanos. Y el doctor Antonio Vaca Diez era un joven político con una personalidad dominante, mejor conocido por sus planes grandiosos y su arrogante codicia de poder. Entre ambos, estos hombres controlaban una franja de la cuenca amazónica que equivalía a la mitad del tamaño de Francia, si bien se consideraba pequeña en términos sudamericanos. Esa región era el Beni, o mejor dicho un territorio a lo largo del río Beni, cuyo nacimiento se encuentra en la cordillera de los Andes. Vaca Diez también dejó su marca aún más lejos a lo largo del río Orthon, un afluente del Beni, donde tenía acceso a ricas selvas de caucho en Acre, una tierra de nadie situada en la frontera boliviana-brasileña.

En ese rincón del oeste lejano del Amazonas, viajar río arriba se torna dificultoso por los rápidos y los cañones andinos muy boscosos. Durante los años 90 del siglo XIX, cualquier viaje a la capital boliviana La Paz, ubicada a 11.500 pies de altura entre montañas, llevaba semanas, y a veces meses, en una travesía que era una pesadilla. Los peligros que representaban los indígenas feroces, las serpientes, las enfermedades y los desastres naturales creaban una barrera tan infranqueable entre las montañas y las tierras bajas del Amazonas que para Suárez y Vaca Diez resultaba más rápido viajar a Europa a través del Atlántico que visitar La Paz. De todas maneras, siempre existió cierta animosidad entre los pueblos montañoses de Bolivia y los del Beni amazónico.

Los dos hombres poseían propiedades en Londres. El primer Suárez que se radicó en esa ciudad fue Francisco, hermano mayor de Nicolás, que había salido de Bolivia con treinta y ocho años en 1871. Francisco se estableció en el Reino Unido, asumió el cargo de cónsul general de Bolivia y abrió una oficina en el número 12 de la calle Fenchurch, en la City londinense, originalmente con su propia empresa comercial y luego en asociación con Nicolás. Más adelante, al combinar sus intereses financieros y diplomáticos, los hermanos Suárez iban camino a hacerse millonarios, y Francisco abrió la sede europea de Suárez Hermanos & Co.

Pedro, el sobrino de Nicolás, fue alumno de la Uxbridge School y se casó con Jessie, la tía del fotógrafo de alta sociedad sir Cecil Beaton. Ya mayor, Beaton se acordaba de su 'tío Percy' y de la vida elegante en el número 74 de Compayne Gardens de Hampstead, donde se iniciaron varios de los numerosos enredos amorosos de Percy, incluso uno con una criada que quedó embarazada. Era un contraste tan notable con su tío don Nicolás, cuyo primer amor, y el más fuerte, fue con una dama que se llamaba Constanza, quien murió al poco tiempo de que él lograra sus primeros éxitos a lo largo del Beni. En honor a ella, Nicolás construyó un monumento conmemorativo en mármol que todavía puede verse a la vera del río.

No obstante, Londres no demostraba ningún tipo de interés oficial en Bolivia, un país de dos veces el tamaño de Francia y en estado

de agitación política. Los bolivianos aún se ríen de una animada recepción supuestamente celebrada en 1880 por el Presidente Narciso Campero. Tras recibir una catarata de insultos, Campero levantó los volados de la pollera de su amante favorita y, volviéndose hacia el ministro británico, lo invitó a besarle el trasero. Una versión de este cuento apócrifo sostiene que, luego de que el ministro se negara cortésmente, fue expulsado de La Paz sentado al revés sobre un burro, con los lugareños mofándose de forma abusiva. Espantada por este insulto al augusto representante de Su Majestad Británica, obra de un insignificante advenedizo extranjero, se dice que la Reina Victoria ordenó que un cañonero se posicionara frente a la costa de Bolivia. Al ser informada de que Bolivia carecía de costa, la reina ordenó que el país fuera eliminado del mapa de Sudamérica, diciendo que de ahora en más aparecería como «territorio inexplorado y habitado por salvajes».

No es sorprendente, entonces, que el Ministerio de Relaciones Exteriores británico se negara a nombrar un diplomático profesional para Bolivia y, aun menos, un vicecónsul para la región donde se producía la fiebre del caucho del Beni. La actitud oficial simplemente no se reconciliaba con la política de un mundo subdesarrollado: «¿Gobierno? ¿Qué es eso? No conocemos ningún gobierno aquí», comentaba un recolector de caucho a un viajero británico.

Sin embargo, hay ciertos sectores del mundo corporativo que nunca parecen preocuparse por los escrúpulos y cuando Vaca Diez visitó Londres en 1896 no tuvo dificultad para recaudar 340.500 libras que serían destinadas a una empresa que estaba creando bajo el nombre de Orthon (Bolivia) Rubber Co. Ltd. Entre los directores figuraba Francisco Suárez y dos señores franceses que vivían en París: el barón Jacques de Gunzburg y Alexandre Devès.

Menos ostentosos y con un ojo para los negocios estables, los Hessel compraban y vendían mercaderías con diligencia teutónica desde una oficina cerca de las instalaciones de los Suárez. Fred no necesitaba mirar demasiado lejos para ver reavivadas sus ambiciones amazónicas, y pronto se dio cuenta de que tanto él como Vaca Diez y Francisco Suárez compartían un interés en común.

Vaca Diez necesitaba un gerente para su base en la barraca del río Orthon, y Fred parecía ser el hombre indicado. Creía que alguien como Fred, un contador experto con experiencia en el Amazonas, podría controlar de cerca los costos, oficio en el cual su primo Nicolás ya era experto. También necesitaba una persona joven y decidida que lo ayudara a sortear cualquier posible amenaza de adquisición por parte de los hermanos Suárez. Bolivianos como Nicolás Suárez y Vaca Diez nunca contemplaban medidas parciales, aun entre ellos mismos. Los dos contaban con financiamiento tanto en Londres como en París, y ambos se ilusionaron con la rica recompensa que daría el mejor caucho del Amazonas.

En cuanto a Fred, el puesto ofrecido por Vaca Diez no podría haber sido mejor. A Lizzie se le permitió acompañarlo, o posiblemente se la alentó a hacerlo, si bien a los hombres contratados para trabajar en emprendimientos coloniales, por lo general, no se les permitía llevar a su familia, y a los solteros se les prohibía casarse. Se les proveía de una casa, un sueldo seguro y un contrato con todos los gastos pagos. Entonces Fred tomó la decisión de naturalizarse británico, ya que en Sudamérica ser británico se veía muy favorablemente, aun en el Beni, y sobre todo en el comercio. El hecho de que el punto más cercano sobre el río Orthon estuviera a 1.500 millas de la desembocadura del Amazonas, más allá de rápidos traicioneros rodeados de selva poblada por animales feroces y salvajes, no desalentaba a Fred ni a Lizzie.

Sus familias, también, aceptaron el desafío, y John y Sarah Mathys se encargarían de custodiar los bienes de la pareja. Los meses de noviembre y diciembre de 1896 fueron dedicados a la compra de todo aquello que iban a necesitar para el clima tropical, a la preparación del equipaje y a recibir a una sucesión de visitantes y de personas que querían desearles buen viaje. Nombres exóticos de lugares como Bolivia, el Amazonas y los Andes se oían tan seguido que se convirtieron en palabras comunes. Lizzie se divertía. Una serie de aventuras quedaba por delante, aunque ella no tenía idea de su magnitud, y cuando la entrevistó 'Marie', una columnista para *The Morning Leader*,<sup>3</sup> utilizó frases que suenan más a un prospecto de Vaca Diez o de Suárez. El artículo empezaba así:

*UNA INGLESA AVENTURERA QUE AYUDARÁ A ABRIR UNA TIERRA DESCONOCIDA*

¿Dónde está Bolivia? Tuve que hacer la preguntar ya que ni siquiera yo puedo conocer la ubicación exacta de todos los lugares de la superficie terrestre.

Lizzie no era la viajera que 'Marie' se había imaginado.

Me imaginaba a una dama alta y musculosa, con cabeza masculina, frente alta y pelo corto, peinado hacia atrás, tal vez con anteojos, zapatos grandes y faldas muy cortas. "Seguramente", pensé cuando la vi en su encantador salón, "esta joven alta y delgada, que aún no ha cumplido los veinticinco años, no podría enfrentarse a los peligros de tierras inexploradas".

<sup>3</sup> Diario publicado en Londres entre 1892 y 1912 [Nota de la editora en castellano].

De hecho Lizzie ya estaba en su vigésimo séptimo año, pero no tenía ninguna intención de ser otra cosa que no fuera una dama atractiva y, gracias a su absoluto magnetismo, el centro de atención. Le mostró a 'Marie' las prendas que llevaría y debían durar cinco años. Varias de las lectoras de la columna seguramente envidiaban el estilo de Lizzie, pero más adelante Lizzie iba a arrepentirse de haber comprado tantas cosas hermosas una vez que los aduaneros españoles hubieran terminado de manosear cada artículo.

Fui con ella y vi una enorme variedad de muselinas frescas, bonitas, con manchas, flores, rayas, en blanco, en crema y en todos los tonos pálidos y más frescos, batas de casa y de té, y sombrillas por docenas. Zapatos, medias y guantes blancos, y un sinfín de sombreros de paja *Leghorn* y *Panamá*. Me quedé estupefacta.

Tal era la idea que Lizzie tenía de la vida en el Amazonas: pensaba que el dinero crecía en los árboles. Fred se había percatado de ello y Lizzie pensaba saborearlo. ¿Y los peligros? Lizzie le contó a 'Marie' acerca del viaje proyectado para subir por el Amazonas, donde en cierto lugar de un afluente se encontrarían con rápidos.

...llegamos entonces a las peores partes porque tenemos veinticinco días de recorrido pasando por cataratas extremadamente peligrosas. A una, en particular, se le ha dado el nombre de 'Catarata do Inferno'.

Se dejó sin traducir la palabra portuguesa, tal vez para evitar ofender a las lectoras sentadas frente a su desayuno. Como dijo 'Marie' a Lizzie:

Estarás aislada del mundo durante cinco largos años. Y desayunarás sin *The Morning Leader* a tu lado.

De alguna manera se logró finalizar con la preparación del equipaje y se realizaron las emotivas despedidas. El 15 de diciembre ya estaban listos, y ese mismo día se confirmó la naturalización de Fred. Polly, el loro de Lizzie, un regalo que le había hecho Fred en sus viajes anteriores, fue entregado a Carrie (Caroline Straker), quien más adelante se casaría con George, el hermano de Lizzie. Pero Lizzie no toleraba dejar atrás a Bill Sikes, o Sambo, como su familia llamaba a su perro. Pidieron un carruaje de cuatro ruedas conocido como *growler*, y Fred y la familia cargaron el equipaje de mano; las cajas más grandes ya se habían enviado a la estación. Los cascotes del caballo trapaleaban sobre los adoquines mientras Lizzie y Fred giraban para saludar con sus manos a familiares y amigos, a quienes no esperaban ver por unos cinco años.

El primer destino era París, donde Fred necesitaba reunirse con uno de los directores franceses de la Orthon Company. Su viaje empezó prosaicamente en la estación Holborn Viaduct, la terminal londinense del London, Chatam and Dover Railway. Mientras el tren traqueteaba por encima del denso tránsito tirado por caballos sobre Ludgate Hill, Lizzie echó una última mirada al hito tan familiar de la catedral de San Pablo. Después de cruzar el Támesis y de atravesar viaductos por encima del paisaje de tejados de pizarra de los suburbios, la vista desde el tren empezó a cambiar, y pasaron rápidamente a través de las huertas frutales y de los campos de lúpulo de la campiña de Kent hasta llegar a la costa -o a la playa, como decía Lizzie, recordando las excursiones familiares de su niñez-. En Dover, embarcaron en un *paddler* (vapor de ruedas), probablemente el Calais, dedicado exclusivamente a los servicios nocturnos del London, Chatam and Dover Railway. Allí se hizo evidente que Lizzie no era la mejor navegante y, como ella misma escribió delicadamente, «alimenté a los peces». A la mañana siguiente estaban en Calais, desde donde el tren los llevó a París.

La primera carta que Lizzie escribió a su casa fue desde el Grand Hotel del bulevar de las Capuchinas:

Grand Hotel, bulevar de las Capuchinas 17, París  
16 de diciembre de 1896

Mis queridos papá y mamá:

Verán por la dirección que hemos llegado sin incidentes a París. Salimos de Holborn a las nueve y llegamos a Dover a las doce. Ahí tomamos el barco y disfrutamos de una hermosa travesía a la luz de la luna, pero aun así alimenté a los peces. En Calais tomamos el tren a París y a las seis y media llegamos a una estación enorme y sucia. Después llegamos aquí y nos acostamos. Fred se levantó a las diez y se puso a trabajar en sus asuntos.

Las cosas no podrían haber salido mejor en su primera noche lejos del hogar. El barón Jacques de Gunzburg, dueño de una casa elegante en el mismo bulevar, había hecho una reserva para ellos en el mayor y más suntuoso hotel de París, que tenía ochocientas habitaciones, salones de espejos, columnas estriadas, balcones elegantes y hierro forjado ricamente decorado. Sólo una semana antes Sarah Bernhardt se había alojado ahí, y cada tarde antes de la cena había música. A Lizzie le encantó y, por si extrañaba su casa, la exquisita hospitalidad francesa brindaba hasta el té de la tarde.

Como era característico de esa época, Fred mantuvo a su esposa alejada de sus asuntos comerciales. Y no se escuchó ni una pizca de rencor de parte de Lizzie, que ignoraba lo que él hacía. Parecía estar feliz con sus propios pensamientos, y con la situación muy especial en la que se encontraba ahora. La carta a su casa sigue:

Tomé todo con calma y recién a la una y media bajé a la sala de lectura para escribirles. No saldremos de París hasta mañana, ya que nuestros negocios llevarán más tiempo de lo que pensamos, por lo tanto voy a poder ver algo de esta ciudad maravillosa.

Éste es un hotel bellísimo, el más grande de París. Con solo tocar el timbre eléctrico puedes tener todo lo que desees, salvo el dinero, que desaparece muy rápidamente cuando uno viaja. Puedes encender y apagar la luz eléctrica las veces que quieras.

No creo tener más noticias en este momento porque todavía no empecé a ver los lugares de interés, pero les escribiré en cada oportunidad que pueda. Por ahora adiós, mis queridos papá y mamá, con cariños de Fred y míos para todos.

De vuestra hija que los quiere,

Lizzie

Faltaba un día para la partida y Lizzie envió una postal, lo que reflejaba muy bien el excelente servicio de correos de la época.

París

17 de diciembre de 1896

Queridos papá y mamá:

Unas pocas líneas para contarles que todavía nos encontramos en París, y partimos esta noche a las 10.30 para Burdeos. Si mañana escriben a la siguiente dirección, la carta nos encontrará en Lisboa: a/c señor don Luiz A. Collares, rua do S. Mamede 89, Lisboa.

Afectuosamente,

Lizzie

Partieron desde la estación de Austerlitz y, a su llegada a Burdeos, Lizzie escribió:

Burdeos

18 de diciembre de 1896

Mis queridos papá y mamá,

Hemos completado la siguiente etapa de nuestro viaje sin incidentes. Partimos de París en el tren de las 10.30, viajamos toda la noche, dormimos en el tren y arribamos aquí a las ocho de la mañana. Fue un viaje muy cansador. Ya que era de noche, no pudimos ver nada de la campiña.

Burdeos les brindó un descanso en el viaje, y la posibilidad una vez más de encontrarse con la familia Hessel, y con la amiga alemana de Lizzie de su viaje anterior, la señora Haendel. Lizzie y Fred tuvieron tiempo para pasear y mirar escaparates, algo que a ella le encantaba,

y por las tardecitas iban al teatro francés que ella veía por primera vez. Para Fred había trabajo para hacer: cuidar los asuntos de Vaca Diez, que recién había partido de Burdeos hacia Pará con quinientos emigrantes españoles.

Madrid fue la próxima parada en el viaje maratónico de la joven pareja. Lizzie se estaba adaptando a su nueva vida con evidente placer, viajando en coches cama con «un restaurante espléndido y platos bien servidos».

... el paisaje de Bayona a Madrid era espléndido, montañas a ambos lados y nieve que cubría todo; cada media hora pasamos por aldeas pintorescas, y grupitos de casas con una iglesia en el centro. La gente viaja de una a otra sobre mulas y burros con alforjas a cada lado, y parecen bandoleros, con colores vivos y capas y chambergos. Es gente de aspecto muy feo.

Pronto descubrió que viajar con su propio vestuario exótico sería un problema.

La gente de la Aduana española es muy especial. Tuvimos que pagar un impuesto sobre todos mis vestidos nuevos -sacaron cada uno y lo pesaron, metiéndolo de nuevo sin cuidado-. La seda les llamó la atención, algo nuevo para ellos. Ahora están todos arrugados y ya no parecen nuevos. Tal vez sea mejor así, ya que los portugueses son aún peores. Fred debió pagar 2 libras de derechos.

Así eran los primeros pensamientos de Lizzie desde Lisboa, donde ella y Fred se alojaron cerca de la estación en el Avenida Palace Hotel, que les fue recomendado por su comodidad.

Fue en Lisboa donde Lizzie registró la primera de las muchas frustraciones que los iban a acompañar en su viaje: una huelga de estibadores en Hamburgo demoró la llegada del vapor que los llevaría a Brasil. En Londres, antes de partir, *The Times* había informado con cautela sobre la «probabilidad de una victoria eventual de los empleadores», diciendo en la edición del 14 de diciembre que los huelguistas habían «retomado el trabajo bajo las condiciones anteriores». *The Illustrated London News* conjeturaba que los ingleses habían maquinado la huelga «para molestar a la comunidad manufacturera y comercial». Pero a Lizzie no le preocupaba el trasfondo político, porque la demora le dio más tiempo en Lisboa para ver los lugares de interés y disfrutar del tiempo inusualmente templado para la época:

No pueden imaginarse; es como un día de verano, tan blanco y soleado. Tuve que abrir mi paraguas debido al sol. Debemos quedarnos aquí durante cinco días, creemos, ya que nuestro vapor

está demorado en Hamburgo por las huelgas, así que tendremos la oportunidad de ver Lisboa. La vida aquí es buena, y todo el alojamiento también.

En la misma carta, la que llevaba una inusual posdata del muy aplicado Fred, Lizzie menciona el nombre del vapor, el Sobralense de la Red Cross Line, que los iba a llevar en la próxima etapa de su viaje:

Me alegró recibir vuestra carta esta mañana. La próxima debe dirigirse al S. S. Sobralense, isla de Madeira.

Espero que todos tengan una hermosa Navidad y un feliz Año Nuevo, y que piensen en nosotros cuando estén almorzando [el día de Navidad]. No sé dónde estaremos hasta que no llegue nuestro vapor.

Cariños a todos y, especialmente, a ustedes de su hija que los quiere,

Lizzie

Cordiales saludos a todos, Fred.

Para la Nochebuena de 1896, Lizzie y Fred seguían en Lisboa. Su siguiente carta da la impresión de que, aunque frustrada, ella estaba aprovechando el tiempo extra. Los detalles descriptivos de Lisboa destacan los primeros atisbos de nostalgia de Lizzie, si bien era el momento del año en que los restantes integrantes de la familia estarían juntos.

Avenida Palace, Lisboa  
24 de diciembre de 1896

Mis queridos papá y mamá:

Nuestro vapor todavía no ha llegado a Oporto, por lo que no esperamos reiniciar el viaje hasta el domingo o el lunes. Estoy ansiosa de estar de nuevo en camino y quisiera que se dé prisa. Adjunto una pequeña vista del coche cama en el que viajamos y también un pedazo de mi postre de la cena de anoche -es de una de las pequeñas naranjas que crecen aquí-. Son buenas y muy dulces.

Por favor, cuenten a todos los chicos que pronto deben empezar a escribir a Orthon. Necesitaremos noticias de casa ansiosamente tras nuestro largo viaje. Esperaré que nos escriban todos y cada uno de ellos.

Hicimos un paseo hermoso esta tarde, hasta un punto muy elevado sobre la ciudad desde donde tuvimos una vista preciosa de Lisboa; es una ciudad muy grande.

No parece haber muchos preparativos para Navidad aquí, salvo por los pavos, veinte o treinta juntos, que la gente lleva por las calles. Los arrear con palos largos. Son muy buenas aves y bastante mansas; uno les silba y vienen corriendo.

Supongo que Rose y Ben ya están con ustedes para Navidad. Estoy ansiosa por tener noticias de todos ustedes una vez más, que esperamos recibir ya en Madeira.

Rose era Frances, la hermana de Lizzie, a quien John Mathys había comparado una vez con una rosa, y es así como le quedó el sobrenombre. A los dieciséis años Rose se casó con Ben Edwards, quien de alguna forma manejaba una empresa precaria que comercializaba sustancias químicas para uso en fotografía; a Lizzie siempre le preocupó el futuro de los dos. Siguió:

Los tranvías corren a una velocidad tal que una siente que van a chocarte en cualquier momento; si hay un carro o algo así delante, simplemente sale de las vías y pasa. A veces no usan las vías para nada; si hay pendientes, atan cinco mulas a un tranvía. Es gente rara.

Por ahora no tengo más noticias, así que con cariños para ustedes y para todos de su hija que los quiere,

Lizzie

El vapor llegó a Lisboa el día de Navidad. Por fin, sus bultos y cajas fueron cuidadosamente guardados a bordo. El pequeño Sobralense, de no más de 1.982 toneladas de peso bruto pero señorial y bien equipado, era propiedad de la empresa R. Singlehurst & Co. de Liverpool, que llevaba muchos años brindando servicio cada quince días en la ruta hacia el norte de Brasil. Durante la travesía a Madeira, Lizzie se quedó en su litera, aunque estuvo lo suficientemente bien como para llegar a conocer a los otros cuatro pasajeros.

Pasaron un solo día en Madeira y bajaron a tierra en pequeños botes, rompiendo las olas y dejando que el oleaje atlántico los acercase a la costa. Para Lizzie era un alivio pisar tierra firme durante unas horas. Se divertía con la manera en que los «chicos nativos se acercaban en botes pidiendo que tiráramos unas monedas al agua, por las que nadaban por debajo del barco y pasaban al otro lado, pero deben ser monedas de plata», agregó, «porque no se sumergirían por cobre». Le tocó a Fred enviar la nota acostumbrada a casa; había hecho la travesía anteriormente y encontró pronto su equilibrio.

S. S. Sobralense, isla de Madeira  
29 de diciembre de 1896

Querido papá y querida mamá,

Esta vez escribo yo en vez de Lizzie, que todavía se encuentra algo enclenque. Entre Lisboa y aquí hemos disfrutado de muy buen tiempo, pero Lizzie es y siempre será una mala navegante. Sin embargo, está recuperándose muy rápido y seguramente el resto del viaje será muy tranquilo. Es así siempre.

Llegaremos a Pará dentro de diez días cuando, por supuesto,  
les escribiremos de nuevo.

Con cariños para todos.

Afectuosamente,

Fred